

Tiempos de mudanza en la casa eterna

Yuri Slezkine

La casa eterna. Saga de la Revolución rusa

Barcelona: El Acantilado, 2021, 1632 págs.

El tiempo va acreditando que de todos los nutridos acontecimientos del siglo XX, la revolución bolchevique, la república de los soviets y más concretamente la época de Stalin, es el tema que más interés histórico produce. La recurrente aparición de nuevas obras así lo indica. Por otra parte, lo que podríamos llamar “experimento bolchevique”, encuadrado en un tiempo y un espacio, es motivo de permanente revisión. Nuevas miradas se sobreponen a la narración convencional, surgida en los años de la guerra fría y se plantean nuevas preguntas a las que los nuevos historiadores intentan responder, ahora con la inagotable fuente documental que suponen los archivos rusos.

El libro de Yuri Slezkine *La Casa Eterna* es, junto al reciente trabajo del historiador alemán Karl Schlögel *El Siglo Soviético* (Galaxia Gutenberg, 2021) otra evidencia más de la inagotable curiosidad histórica que suscita la experiencia soviética en los años de la “revolución de Stalin” (1929-1945).

La monumental obra de Slezkine, cuyo hilo conductor es el gigantesco edificio diseñado y construido entre 1929 y 1932 como residencia familiar de la *nomenklatura* dirigente de la época, alberga dos lecturas. La primera de ellas, idea inercial que articula la obra, es la catalogación del bolchevismo como una secta milenarista más, de las muchas que se disputaron la hegemonía en la Rusia tardo zarista. El bolchevismo como comunidad de iniciados, dogmáticos, disciplinados y ascéticos, dispuestos a prescindir de su vida si el partido lo requería, y guiados por un objetivo de inflexible cumplimiento, es decir un grupo de iluminados cuya misión transcendente era llevar la luz y superar el atraso de la Rusia eterna. Un dato que apunta Slezkine ayuda a entender la extracción étnica de los que serían futuros dirigentes del nuevo estado, y es el hecho de que “entre las muchas rebeliones milenaristas que abarcó la revolución de octubre, la judía fue la más nutrida y radical” (731).

En este sentido el libro de Slezkine puede ser leído como un tratado de teología comparada en el que la entrada a los textos bíblicos es recurrente, o como un ensayo epistemológico de las disidencias religiosas por el que transitan desde Thomas Müntzer a la iglesia mormona, cuáqueros o adventistas. Lo que el autor, en todo caso, omite es la explicación de por qué esta secta (la bolchevique) y no otra fue la que finalmente se impuso en la disputa por el futuro, hasta acabar, no solo construyendo un mundo industrial y urbano, sino creando un nuevo sentido común y un universo de carácter holístico.

La otra lectura, y con mucho la que se lee con más interés, es el relato de las vidas de quienes allí vivieron, de sus familias, de sus éxitos profesionales y en muchos casos del sinuoso proceso que los condujo hacia el suplicio. Además de la ingente información a disposición de los investigadores depositada en los archivos rusos, el autor ha tenido acceso a un valioso material formado de diarios personales, de miles de cartas cruzadas entre familiares y amigos, de fotografías, de cuadernos de apuntes o de material contable correspondiente a la administración del edificio.

Este gigantesco edificio (“la Casa del Gobierno” para los moscovitas, o “Casa del Malecón”), frente al río Moscova, fue comenzado a construir en 1931 destinado a ser la residencia, por su cercanía al Kremlin, de la elite política, militar y técnica que dirigía al país. El edificio no era un simple lugar residencial, era un complejo que, además de los 550 apartamentos distribuidos en siete plantas, disponía de restaurantes, cines teatros, cafés, gimnasios y galerías de arte. A finales de 1932 vivían 2740 residentes, custodiados por 128 guardias de seguridad, 34 bomberos, 15 conserjes y 7 especialistas en control de plagas (592). Entre sus residentes había notorios personajes como Rykov, jefe del consejo de ministros, Radeck, Osinsky, Kuybishev, Jruschov, o Tujachevsky, Jefes de la NKVD como Mironov, escritores como Arosev. Aquí estaban los que “habían escalado las cumbres del Pamir”, es decir los triunfadores del nuevo orden.

Desde su inicio, el proyecto de la obra puso en tensión las diversas variables conceptuales de lo que debería ser un edificio (y por tanto un estilo de vida) que diera sentido a la nueva sociedad que se pretendía modelar. Boris Iofán, el arquitecto al que se adjudicó la obra, proyectó una solución ecléctica que no era la comuna transversal, pero que era una comunidad en sí misma, semi autosuficiente. La Casa del Gobierno pretendía ser un modelo de comunidad utópica socialista. Era el momento en el que miles de proyectos e ideas se cruzaban, en arquitectura, arte, literatura, educación, planeamiento urbano.

Tormentas de ideas en debate que buscaban asegurar las bases de lo que sería un modelo sin precedentes.

Doce años después de la toma del poder, la esperada revolución que conduciría a Rusia hacia el comunismo ahora empezaba en serio. Stalin lo definió como “el año de la gran transformación” (1929). Fue el inicio de un éxodo masivo campo ciudad, colectivizando la tierra con puño de hierro e inyectando millones de campesinos a los viejos núcleos urbanos y a las nuevas ciudades que la obsesión industrialista iba creando como hongos en torno a los *Kombinat*, enormes complejos industriales. En buena medida la expropiación de la pequeña propiedad en el campo ruso siguió un patrón similar a la expropiación de los bienes comunales que en la Inglaterra del XVIII expulsó hacia las ciudades industriales a millones de campesinos.

Aunque la aceleración de Stalin había creado un profundo desgarró en la cúpula de poder, los éxitos del primer plan quinquenal dejaron a la oposición moderada sin argumentario. Visto en perspectiva, las tesis industrialistas de Trotsky estaban triunfando. Si la revolución se había estancado en los años de la NEP, la educación, en cambio, durante esa década había llevado a las universidades y a los politécnicos a millones de jóvenes (la mayoría hijos de campesinos) que ahora pedían su lugar en el nuevo orden. Como fruto de la utopía educativa orientada por Lunacharsky, había surgido una generación que ya poseía saberes técnicos y que se reconocía a sí misma como la “gente nueva”. Esto es la gente de Stalin, masa disponible para la nueva configuración del poder. Walter Benjamin, además de observar la obsesión por la técnica que alimentaba a la juventud rusa, también anotaba en su *Diario de Moscú*: “Esta nueva reconstrucción de toda una jerarquía de poder es lo que hace que la vida aquí sea tan extraordinariamente rica en contenido. Está tan encerrada en sí misma y tan llena de perspectivas como la vida de los buscadores de oro del Klondike... desde la mañana a la noche no se hace otra cosa que escarbar en busca de poder” (Diario, 93).

Recibir un apartamento en la Casa del Gobierno era haber llegado a un puesto de máxima relevancia en la sala de mandos: ministros, miembros del Comité Central, directores de la industria, escritores, generales, o *chequistas*. Según la clasificación teológica de Slezkine, los nuevos ocupantes del inmueble eran los actuales Sumos Sacerdotes de lo que había sido la vieja secta bolchevique, ahora institucionalizada en iglesia oficial y única (991). Pero estar en la cumbre, en una época de inesperados y violentos cambios, entrañaba a su vez un inmenso peligro, que en el momento de gloria, en su acceso a la Casa del Gobierno, ninguno imaginaba. Estamos por tanto ante un libro que habla de élites, no de

gente común, de pueblo llano, al que las vertiginosas subidas y caídas de los que vivían en ese inmenso edificio les podrían resultar ajenas y lejanas. En este sentido, el libro de Slezkine se inscribe en la tradición temática de la “soviología” occidental y su obsesión por el estudio de las elites bolcheviques (desde los clásicos E. Carr, I. Deutscher, R. Conquest, a los actuales Seba Montefiori, K. Schlögel o S. Fitzpatrick entre otros). Las historias de la gente corriente y su vinculación al nuevo orden hay que buscarla en otras fuentes, en investigaciones como la de S. Kotkin sobre la construcción de una ciudad (*Magnetic Mountains*, Berkeley, 1995) en los memorables pasajes de las memorias de Erhenburg (*Gente, años, vida*, El Acanalado, 2014) o en el trabajo sobre los cientos de entrevistas a los soldados del frente de Stalingrado que J. Hellbeck rescató de los archivos rusos (*Stalingrado*, Galaxia Gutenberg, 2018). Estamos pues ante un libro que habla del ascenso y caída de una generación de líderes bolcheviques, que narra sus vidas tanto en los momentos de su gloria como en el largo calvario de su final. Pero al fin y al cabo un libro que hemos leído ya en las piezas que dejaron escritas Ana Larina (esposa de Bujarin), Nadiezhda Mandelstam, o en las historias biográficas de S. Cohen o Montefiori.

La institucionalización de la “Iglesia Bolchevique” (p. 824), y este es un aspecto especialmente brillante en la narración de Slezkine, llevó, inevitablemente, a un aburguesamiento en los usos de vida de los dirigentes, por lo menos de los que vivían en el gran edificio. Como anotaba en su diario uno de los residentes, Aberbag, las privilegiadas familias vivían una existencia “muelle” de confort y bienestar, rodeados de criadas, institutrices, alfombras, escritorios de madera noble, de sobrinos y suegras (p. 1243). Aun cuando los hombres de la casa, en general, pasaban poco tiempo en sus hogares, ocupados en sus centros de trabajo durante jornadas agotadoras de 15 o 16 horas al día. La descripción, en cambio, de la vida de los niños nos remite, además de a la felicidad infantil de los juegos en los patios de la casa y la camaradería mutua, al modelamiento de lo que debería ser el futuro ciudadano soviético. Niños estimulados en su voracidad de lectores, libros en todos los rincones de las casas, prestamos bibliotecarios, salas de juegos, pasión por el ajedrez, cine obligatorio, excursión semanal al campo, campamentos de vacaciones en la naturaleza, etc.

En 1934, cuando concluía el primer plan quinquenal y en toda la república se celebraba a lo grande el éxito por las metas cumplidas, dos nubarrones anunciaron que podría desatarse una tormenta. El primero fue la advertencia de Stalin sobre “el vértigo del éxito”, una llamada de atención a la autocomplacencia y un aviso a la soberbia de los cuadros. El mensaje era claro: nadie, por muy alto que esté, tiene el puesto seguro. El segundo, y este sí que significó un mazazo,

fue el asesinato de Kirov, el dirigente de Leningrado, la segunda ciudad del país. Slezkine describe con detalle la conmoción que causó en los residentes de la Casa del Gobierno este episodio, y la sensación generalizada de que a partir de ese hecho, que estremeció a la población, algo serio podría ocurrir. Que un dirigente de primerísimo nivel fuera asesinado, además en su oficina, no encajaba en un orden que se suponía bajo control. Las frases que se repetían esos días en los pasillos y viviendas del edificio eran del tenor: “todo ha cambiado”, “nada será como antes” (p. 1036).

A partir de aquí el libro entra en un *crescendo* sostenido hasta llegar a su *climax*, con los grandes procesos de los años 1936-1938. Es el periodo en el que los residentes empiezan a percibir señales de que lo sólido puede desvanecerse y que la confianza en la solidez de sus status puede que sea una ilusión.

Lo que se conoce como la gran purga, o los años del terror, tuvo su primer acto en las sesiones plenarias del Comité Central en febrero-marzo de 1937. Ahí acabaron aniquilados políticamente los últimos viejos bolcheviques, muy cercanos a Lenin, que en años anteriores se habían enfrentado a la aceleración de 1929, el “año de las grandes transformaciones”. Con Bujarin (como figurante central de las posiciones derrotadas) se incluía en el saco de los anti partido a todos los que habían mantenido voces críticas, Rykov, Tomsy y por supuesto a los que años antes habían sido descabalgados, Zinoviev y Kamenev. La novedad, según recogen las actas de las sesiones, no fue tanto el tono áspero, a veces brutal, de las intervenciones acusadoras, como el deslizamiento de un nuevo concepto: enemigos del pueblo. Esto significaba que las discrepancias o matices a la línea mayoritaria del partido eran, y siempre habían sido, tácticas de quintacolumnismo, objetivamente al servicio de las potencias anti soviéticas. Y lo que se exigía, en todo caso, a los acusados era un *harakiri* político en el que reconocieran que efectivamente, queriéndolo o no, habían actuado como agentes extranjeros, y por tanto debían auto catalogarse como espías. El pleno instauró las líneas maestras de lo que sería en los años siguientes la base argumental y el formato de procedimientos sobre los que se montarían los grandes procesos judiciales de Moscú y los otros miles de procesos menores que se escenificaron en toda la geografía de la Unión Soviética en los años 1937-1938. E implícitamente desveló, además, que no solo Bujarin y los demás acusados eran los culpables únicos, sino que por omisión, cuando no por solapada hipocresía, los dirigentes del partido habían fallado en la vigilancia, o bien se habían corrompido por el “vértigo del éxito”. K. Schlögel, (*Moscú 1937. Terror y Utopía*) apunta que, fruto de negociaciones en la cúpula de poder, en el Politburó se tomo la decisión, que el pleno del Comité Central aprobó, de hacer una

“escabechina” en el segmento dirigente del partido, auto purificarse deshaciéndose del material humano no apto para los tiempos que se avecinaban, aunque ello implicase un shock traumático. Si los asistentes a esas reuniones, que votaron todas las resoluciones propuestas por el Politburó, regresaron a sus puestos de trabajo confiados en su posición y estabilidad no lo sabemos, pero lo cierto es que tres años después el 70 por ciento de los asistentes ya no estaría entre los vivos, acabaron triturados por la vorágine renovadora.

La vorágine se ensañó especialmente con los residentes de la Casa Eterna, el formar parte del primer y segundo nivel de la *nomenklatura* del régimen hacía que su posición resultara sumamente expuesta. De los cientos de condenados y ejecutados entre los residentes que gozaban de gran relevancia están Rykov, presidente del consejo de ministros, Arosev, presidente del tribunal supremo de Ucrania, embajador y escritor, Osinski, destacado intelectual, Pianitski, secretario de la Komintern, Tujachevsky, mariscal de la Unión Soviética y jefe del ejército rojo, Radek, escritor y diplomático ocupante de múltiples cargos, Smilga, miembro del consejo supremo de economía nacional, Koltsov, el periodista más popular del país, Postichev, jefe del partido en Ucrania e íntimo de Stalin, Trifonov, presidente del consejo militar, o Mironov jefe de la policía secreta e inventor de las *troikas* en Siberia (tres personas juzgan sumariamente, se condena a muerte al acusado y la sentencia se ejecuta en el acto).

Naturalmente, en el relato de Slezkine, hay dedicación especial al duro proceso que hubieron de afrontar las familias de los condenados. Lo inmediato era su desalojo de la Casa del Gobierno (nuevos inquilinos rápidamente las ocuparon), los hijos (“hijos de enemigos del pueblo”) en su mayoría fueron enviados a residencias infantiles y en algunos casos recogidos por los abuelos. Y las esposas fueron confinadas, en su mayoría, en campos de trabajo en Siberia, algunas de ellas pasarían 20 años en cautividad. Habían caído desde las “cumbres del Pamir” a la ciénaga siguiendo la estela de sus maridos.

Para valorar en su conjunto la poderosa obra de Slezkine es necesario densificar el análisis. Prescindiendo de la narración teológica (que ocupa probablemente un 30 por ciento de las páginas), el material que aporta es de gran relevancia, nos recrea con detalles inéditos las vidas familiares de los personajes, sus gustos, el estilo de relaciones familiares comunes al nuevo régimen, los entresijos del sistema educativo en el que están insertos los hijos. Las cartas cruzadas y los diarios rescatados nos hablan de amores y desamores, de los gustos alimentarios, de las vanidades del lujo, de los balnearios en vacaciones, del confort de vida que rodea a esta crema social. Y por supuesto nos habla también del calvario personal

que hubieron de vivir en su último año de vida los condenados. De la incredulidad en el momento inmediato de la detención, de los extenuantes interrogatorios en la Lubianka en los que debían auto analizar su culpabilidad, de la aceptación de su ahora condición de inculpados por un orden que ellos habían contribuido a levantar. Y finalmente desembocar en el fatalismo de asumir lo inevitable, es decir su próxima muerte.

Pero también este libro es notable por sus vacíos, por la carencia de lo que yo llamaría mirada tridimensional. Es cierto que los personajes ocupan un escenario, se mueven, trabajan en sus oficinas hasta la extenuación, son bolcheviques de acción, gentes dispuestas a asumir un destino, por amargo que sea, pero en esencia seguimos sin saber cual fue el origen de sus desgracias, donde radicaba el punto de colisión (o discrepancia) con el rumbo de las cosas. O cual era el matiz que los diferenciaba de la mayoría del partido. En el caso de Bujarin, al que el autor dedica un largo pasaje, es cierto que sigue la pista de sus discrepancias y posiciones públicas con respecto a la línea oficial. Pero Slezkine en este caso tampoco aporta nada nuevo, porque sobre Bujarin escribió hace tiempo una extensa monografía S. Cohen de la que nuestro autor recoge lo esencial, así como de las 500 páginas que A. Larina dedicó al proceso de su marido.

Pero en el fondo seguimos sin saber por qué el más grande periodista de esa época, Koltsov, pasó de la cumbre al infierno en 24 horas, cuáles eran los motivos por los que el mariscal más popular fue degradado y ejecutado, cuál fue el origen de la caída y ejecución de Postishev, estrecho colaborador de Stalin. O las razones, en el libro incompresibles, de la desgracia del fino intelectual Osinsky, o, más todavía, cómo y por qué razones el tipo más duro de la policía (NKVD), Mironov, pasó de ser el verdugo al por mayor de todo el país a morir acusado de espiar para Alemania. En este sentido Slezkine cabalga en la ola narrativa común a la soviología occidental, que interpreta la lógica del terror como un juego de azar, de fenómenos incomprensibles, en el que los dirigentes bolcheviques se devoran a sí mismos sin aparente sentido, o en todo caso como consecuencia de decisiones caprichosas. Para Conquest, que toma de Jruschov el relato, todo se debió a la malsana y megalómana personalidad de Stalin, que barrió su área de influencia de posibles rivales. Para una mirada más sofisticada como la de Schlögel las ejecuciones en masa se debieron a una planificación demoniaca de los tres líderes que manejaban el país (Stalin, Molotov y Voroshilov) utilizando a Yezhov como verdugo. Es decir, una pulsión homicida maquiavélicamente urdida por el patrón del mal, Stalin.

Dos elementos en la cosmovisión teológica de Slezkine llaman la atención, por su plausibilidad, para entender el papel que los condenados jugaron en el contexto de la época. Uno de ellos es el parangón que establece con el dictamen agustiniano según el cual pecar de pensamiento es en esencia pecar de hecho. Ello podría ayudar a entender por qué los acusados acabaron aceptando que incluso sus dudas anteriores, y no solamente una oposición visible, eran en el fondo un crimen (pecado) contra el orden soviético. Otro elemento de interés sería la noción que introduce del “chivo expiatorio”, y la asimilación por parte de los acusados de la trascendente misión de cargar sobre sus hombros las deficiencias y disfunciones del régimen (p. 1040).

Tras la lectura del libro hay dos cuestiones que, a mi juicio, quedan sin resolver. La primera es el por qué y cuáles son las fuerzas que empujan hacia la masiva y abrupta sustitución de las cúpulas dirigentes en el periodo 1936-1939. Responder a esta pregunta requiere manejar dos variables, la primera que apuntó A. Getty (*La lógica del terror*, Crítica, 2001) hace décadas se refiere a la decisión del Politburó de acabar con los dirigentes regionales, que “ensoberbecidos de éxito” gobernaban sus repúblicas al estilo de los sátrapas. El Kremlin estaba lejos y los controles eran débiles, los “virreinos” y el nepotismo estaban corrompiendo, según Moscú, el espíritu bolchevique. En dos años el 80 por ciento habían sido destituidos y Moscú había tensando las riendas. La segunda se refiere a una “revolución de los de abajo” como apunta T. Harris en su aguda investigación (*El Gran Miedo*, Crítica, 2017). La novedosa mirada de Harris pone de relieve el cansancio de las bases del partido ante las actitudes prepotentes de los cuadros, en las fábricas, en las universidades o en los *koljoses*. La costumbre, ya habitual, de descargar en los subordinados o en la masa trabajadora los fallos en la planificación, las deficiencias en la producción o los incumplimientos del plan habían creado un resentimiento generalizado y una pérdida de la tensión productiva en las bases del partido. Ello unido a la emergencia de una nueva generación que masivamente había adquirido competencias técnicas, pero que se sentía taponada en sus perspectivas de ascenso, creó las condiciones de lo que podríamos llamar una insurrección generacional que acabaría escalando posiciones a través de gigantescos montacargas sociales que subieron por el hueco dejado por los destronados. En este punto se hace difícil no evocar la llamada de Mao en 1966 a las bases animándolas a “asaltar el cuartel general” (Revolución Cultural), lejano y postrero eco de lo que aconteció en Moscú treinta años antes.

La pregunta que queda pendiente, y que el autor no se hace, es ¿por qué más de 700.000 personas fueron aniquiladas? o ¿era necesaria esa hecatombe para

preparar al país ante el martillazo alemán a Rusia, que todos daban por hecho? No es casual que en la petición fiscal de pena de muerte se acusara a los procesados de espías al servicio de Alemania. Y ante el notorio poderío de la maquina bélica alemana, una vez desatada la invasión, ¿sería posible pensar que, según la lógica de Stalin, habría que extirpar a quienes podrían haber sido negociadores obsecuentes ante la inevitable victoria alemana, asegurando la existencia de Rusia a cambio de desmontar el orden bolchevique?

No deja de ser paradójico el pasaje de Slezkine en el que, con algo de ironía, acepta que la llegada de la guerra en 1941 cumplió la profecía stalinista y cómo la dolorosa victoria final habría justificado todos los sacrificios anteriores (p. 1341).

Alejandro García
Universidad de Murcia